



ALPES FRANCESES

Solo, por el macizo del Mont-Blanc

El Rey de los Alpes; Mont-Maudit;
Tacul; Aiguille du Midi. Tres y medio
días de jornada por estas montañas.

En la «Suiza» francesa: Haute Savoie.

Viernes, 12 de Julio de 1929.—Lejos de las urbes industriales (Bilbao, Burdeos, Lyon), de los humos, de los ruidos, de la vida efímera y nerviosa, me encuentro en ésta Haute-Savoie, que guarda el primitivo y eterno encanto natural. Ella me retrotrae a épocas en que nuestros padres Adán y Eva gozaban ampliamente, como dueños y señores, del Edén terrenal. Contemplándola esfuérase mi imaginación en querer sacar del fondo de la subconciencia imágenes y formas que den la razón a la vista.

Mi abuela tiene unos cuadros...—Vamos dando fin al trayecto Lyon-Saint Gervais-Les Bains, de una belleza sin límites. Muchas partes de su recorrido tienen la vivacidad, la frescura, el jugo y exuberancia de matices que en los paisajes verdes ponía nuestro Regoyos. Alternando con estas zonas se suceden otras, donde el pintoresquismo de tarjeta postal y del cromo aparece bien patente. Así, el Lago du Burget, verdadera maravilla para un cuadro romántico, muestra sus reflejos neblinosos que le hacen confundirse y hermanarse en muchos sitios con el cielo azul ligeramente esfumado de neblina; otras partes de sus riberas sustentan pueblecitos humildes, olvidados, que se miran en sus encantadas aguas y reflejan por encima de su diminuto caserío a los cimbreantes y desenvueltos álamos.

Se me figura estar viendo en alguna de sus orillas a Rousseau o a lord Byron con un libro en la mano o con un ancho pliego de papel de hilo y una pluma de ave en la diestra, hermanada la imaginación ardorosa de ambos con la serenidad imperturbable del lago.

Preséntanse de continuo a nuestro rápido paso:

Praderas muy bien cuidadas, con trigueros y cuadrados campesinos que las pulen, que las refinan; en muchas de ellas pastan bonachonas las vacas suizas, blancas, de repletas ubres y mansa mirada. Pinos y abetos esbeltos, decorativos, algo mustios. Casas de construcción genuinamente alpestre, con pendientes tejados de pizarra, sin aleros, ancho portalón y muchos detalles curiosos que atraen en las mismas: simetría en la colocación de la leña para el fuego, raras cortinas en las verdes ventanas (la mayoría de las ventanas de las casas se hallan pintadas de verde) que sirven de fondo a pinceladas fuertes, enérgicas que los floreros amamantan: carmín y lacas.

Alzanse con la majestad de una pirámide egipcia, las cónicas pilas de heno, alimento del ganado durante el invierno.

Las montañas forman la masa principal, el grandioso punto de vista: esbeltas, gigantes, simpáticas, rientes, se enlazan unas con otras, semejando jugar al corro.

Circundando a la tierra con ternura se extiende el cielo; ese cielo de los Alpes tan característico que la grandiosidad montañosa le hace ser más azul, más bonito; un cielo de acuarela, donde es raro que falten las gráciles nubes blancas.

La campiña suiza posee un encanto divino (esta parte del trayecto corresponde a Francia; pero dada la proximidad con Suiza, el conjunto tiene todo el carácter del de esta nación); diríase que está trabajado por los ángeles: todo es orden, buen gusto. Una limpieza, un recorte de gracia tal lleva en sus entrañas, que dentro de los paisajes verdes se le puede poner, sin vacilar, en el primer puesto.

Paz; oro vespertino; «Mont-Blanc».—¡Paz, paz, alegría, robustez!, este parece el lema que lleva la región, y bajo el influjo de esas tres gracias he estado absorto, contemplando toda la Alta Saboya en la calma crepuscular, mientras los altos picos se bañaban en oro antes de dormir.

La ruta hasta Chamonix desde Saint Gervais ha sido algo no pensado: verle al *Mont-Blanc*, contemplarlo familiarmente y admirar y extasiarse ante sus grandiosidades y bellezas.

Al dejar Chedde, después de una fuerte pendiente y al torcer una curva, todos los viajeros hemos dirigido nuestra mirada y nuestro interés y curiosidad hacia el lado derecho, donde está el *padre* de las montañas de Europa.

Pioletes, crampones, mochilas, todo se ha movido, y algo de ello ha rodado por el suelo con la precipitación entusiasta por admirarlo: ¡Oh! ¡Ah! ¡¡*Le Mont-Blanc!*!, exclaman los viajeros. Mis nervios han vibrado.

Chamonix. La llegada. La pensión.—He llegado a Chamonix (nueve y media). La impresión de mi viaje no ha podido ser más agradable. Hemos recorrido infinidad de sitios que hubiesen podido pasar muy bien por el País Vasco; así que no he hallado esas bruscas impresiones de cambio de paisaje que tanto abruma al extranjero.

Estoy en una sencilla pensión que lleva el pomposo título: «Hotel de l'Industrie», de Etienne Barrère; pero que, a pesar de su nombre, no deja de ser tan humilde como un obrero manual.

He cenado solo; puedo apreciar por mis ligeras observaciones que debo de ser el número dos o tres de los huéspedes que duermen en la casa.

Me ha servido la cena una francesa muy simpática. Creía que con el poco francés que sé, me sería dificultoso el entenderme; pero me las he arreglado muy bien.

En seguida de cenar me acuesto. La habitación tiene una puerta que da salida

a un pequeño espacio con un barandal (en el anuncio de la casa: *Grande terrasse. Vue superbe sur le Mont-Blanc*), a cuyos pies corre rumoroso el Arve.

Se oye desde la cama el rumor furioso, fuerte y rápido de las aguas que traen recuerdos de glaciares y de ambientes inhospitalarios.

El monótono empuje de las aguas, al que no estoy acostumbrado, me tiene un rato despierto; pero el cansancio del viaje puede más que el ruido y me duermo. Dos días de continuo traqueteo no son para menos.

Chamonix

Sábado, 13 de Julio.

La villa. Los guías.—Después de un buen sueño, y hecha la correspondiente *toilette*, salgo a ver Chamonix.

Recorro sus calles; visito su bonita iglesia, su cementerio; admiro los escaparates de los bazares.

Llama la atención la rareza de los tipos, propios para el álbum de un caricaturista. La mayoría de ellos visten trajes alpinos que extrañan al que, como yo, viene de una región donde la sencillez en el vestir es una cualidad corriente y casi obligada.

Paseo por la montaña de Planpraz y contemplo los viajes del funicular, mientras me oxigeno

en el frondoso pinar. Bajo más tarde a la villa y de nuevo sus establecimientos, tan bien puestos, me entretienen un buen rato. En una barbería me han rasurado. Para visitar al *gigante* hay que llevar «buena cara».

He pedido precio en la Sociedad de los guías por el acompañamiento en la excursión, y me dan un cálculo aproximado de 1.200 a 1.500 francos por persona. Comprendo que tal cálculo es una exageración, y ante la cara de asombro que pongo, me enseñan el reglamento; en él se indica que cada excursionista debe de llevar dos guías a 500 francos cada uno y un *porteur* a 330 (carga máxima, 15 kilos), provisiones pagadas a los mismos antes de la partida en el hotel y gastos en los *Grands Mulets*; en resumen, 1.800 francos aproximadamente. El viejo guía que me proporciona estos datos me mira con su expresiva cara, como si dijera: No se puede usted quejar, le hemos cotizado el precio más económico.



Hórreos suizos.

Música y vida «muelle». Temple montañoso.—Suena la nota fina y sentimental de las orquestas en los casinos y restaurants. Bulle de entre la armonía la estridencia jovial del *jazz-band*, tan moderno y tan antiguo.

La música invita a pararse en las terrazas, desde donde se perciben mejor sus variadas melodías. Al mismo tiempo se toma un refresco y se descansa. Envuelto en el agradable compás de los sonidos, todo el *film* que apreciamos desde nuestro asiento tiene un jugo propio de película americana: las gentes, la calle, el paisaje, las rarezas que por doquiera se ven. Observo que hay mucho lujo y mucha vida «muelle»; y no me extraña que la mayoría de las personas que a esta villa vienen no conozcan lo que es una cuesta, a pesar de la indumentaria alpina tan aparatosa que llevan. La alta montaña exige buen entrenamiento y bastante espíritu de sacrificio para que dé los frutos apetecidos.

Una vez consultado el precio de los guías, mi problema, sin dilema de ninguna clase y por sí propio, ha quedado resuelto: subiré solo al *Mont-Blanc*. No me parece tan dificultoso lanzarme sin compañía a esta empresa, aunque temo al hielo y al mal tiempo.

Por lo que he visto y apreciado en infinidad de detalles, que indican la «clase» de andadores que por aquí pululan, creo que en el País Vasco estamos bastante bien preparados para la montaña. Nos es muy útil el entrenamiento de todo el año con los concursos libres y de altura; con tal costumbre, nuestro temperamento se adapta maravillosamente a la dureza y los inconvenientes de las cumbres. Hay moralidad y buena preparación física, y el espíritu cristiano nos forja las almas con el único temple real.

Mañana, no sé si me ayudará el tiempo. El cielo se halla nublado; empezó ayer a cubrirse y se encuentra encapotado, dando vistas a una descarga. Por fin, comienza a llover al mediodía, cuando marchó a comer.

Lluvia. Recuerdos. Atardecer. «Joie!».—Llueve con fuerza y por tal motivo he tenido que pasar la mitad de la tarde en un café, donde he escrito a mis amigos y familiares mis rápidas impresiones. Me ha servido el darle a la pluma de pequeño descargo de conciencia; una simple liquidación con el mundo, ¡por si acaso!...

Después me he provisto en un bazar de crampones, un piolet *réclame* y otros útiles necesarios para la montaña.

He visto la maqueta del macizo del *Mont-Blanc* (tres francos). De este relieve he tomado los detalles más importantes para mi orientación en la marcha. Como el tiempo sigue oscuro y lluvioso mi ánimo se halla decaído. ¿Qué haré mañana?

A la caída de la tarde se va aclarando poco a poco el cielo, y las majestuosas montañas se engalanan de tonos amarillos y rosas muy bonitos, que auguran un firmamento despejado y un sol resplandeciente.

Renace mi optimismo al ver limpio de nubes al «Rey de los Alpes» y, desde este momento, el fuego de la ansiedad por andar, por luchar, por ver, prende en mi pecho.

Parece increíble los grandes ánimos que da la contemplación de un bello atardecer, cuando antes el cielo se ha encontrado negro e infernal. Da ganas de lanzarse a la conquista de la montaña inmediatamente.

Al ir a cenar me fijo en el bonito efecto que hace el monumento a Saussure y a Balmat, contrastando con el oro fino y reluciente que el grandioso macizo sustenta este momento.

Por hoy hemos dado lo suyo al estómago. Tengo ya ultimado casi todo, y antes

de acostarme, salgo a comprar algún alimento seco que me sirva para la jornada. Las francesitas de la fonda, haciéndose las remolonas, no me han preparado para el camino sino «comida» muy seca y simple.

Al salir a la calle me sorprende la *fanfare* con infinidad de gentes que la circundan y saltan bulliciosas al calor de sus animadas notas. Van la mayoría con farolillos venecianos, y chicos y grandes, hombres y mujeres, regocijados, saltan con desenvoltura de potro salvaje.

Es el anuncio de la gran fiesta nacional de mañana, 14 de Julio: la toma de la Bastilla.

Como la alegría es contagiosa, el ambiente se estremece y respira buen humor.

Finalizados los preparativos, con el ánimo sereno y confortado y una oración en los labios y en el corazón, me acuesto. Han dado las once.

¡Joie, joie, joie!, eso es Chamonix.

El «Mont-Blanc»

14 de Julio.

La salida. Chamonix duerme.—Un fuerte refrescón, con su inseparable secado, es la mejor adquisición de temple para caminar; por tanto, en cuanto he saltado del lecho, mis primeros pasos han sido en busca del agua helada que a un lado de la terraza sale de un hermoso chorro. Todo el cuerpo ha sentido la fría impresión de la ducha, y como ésta ha sido tomada al aire libre, la impresión ha sido mayor. Miro al *gigante* mientras me seco, y me parece un *enano*. Con los ímpetus que en este momento tengo, subiría cien *Monts-Blancs* que hubiese. (Esto no pasa de ser un decir; una bravatada fogosa de las mías.) Mi estado de ánimo no puede ser mejor.

Cargo la mochila con la comida y los artefactos; no faltan en ella ni el clásico «pasa montañas» (gorro de lana que cubre todo el rostro), ni las gafas verdosas, crampones, lápices, block, tinta, brújula, etc.; el piolet en la diestra y en marcha, hecho todo un «alpinista» en el verdadero sentido de la palabra.

Son las cuatro y media de la mañana. Chamonix se halla desierto. Este es uno de los detalles que con más elocuencia hablan de la calidad y afición de los miles de «alpinistas» que en la villa se encuentran. Sólo los descubridores del Mont-Blanc (1) se hallan firmes, en su eterna posición de contempladores. Todo el mundo duerme, aunque las montañas hace ya una hora que despertaron. Más tarde irán apareciendo los «tipos». El *film* se hallará en todo su apogeo de once a una: a la hora del *vermouth*; aparecerá también el vals «Ramona», aún en boga por estos sitios, que será tarareado por la plebe. La vida, la alegría, la ilusión, no comenzarán hasta más tarde.

Les Bossons. Hielo y crampones.—Camino por la carretera de Les Bossons. El cielo está raso, optimista. Una gracia virginal envuelve al «Rey de los Alpes»; limpio, jovial, claro, ingenuo, como uno de esos alegres y chillones carteles empleados

(1) Artístico monumento erigido en recuerdo del sabio y del primer descubridor del Mont-Blanc.

por el turismo para propagar los bellos paisajes. Se está bañando en una luz de geranio, mientras sus sombras color malva semejan esfumado de aerógrafo.

Después de haber pasado el puente de Perotaloz, que me deja a la orilla izquierda del Arve, antes de llegar a la estación de Les Bossons, paso por el Hôtel du Dôme, y sigo por un camino que va al Hôtel du Panorama. Son las cinco. El buen sendero deja el hotel y continúa por entre praderas y casas de labor, terminando en el pinar Le Mont, donde penetro a las cinco y diez. Poco tiempo entre pinos, para salir a dar vista a los hielos eternos. Corren nerviosas las aguas del glaciar. Queda enfrente, a un lado, el Chalet de la Grotte d'Azur. Estoy en el pendiente y quimérico glaciar de Les Bossons.

Los primeros pasos en el hielo (a las cinco y media), con los crampones, impresionan, no por el peso, ni por la torpeza que, en un principio, parece ha de sentirse, sino por lo bien, lo suave y lo fuerte que agarran al hielo; pendientes que parecían imposible poder pasarlas, quedan empequeñecidas, raquílicas. Al caminar con ellos por el hielo se experimenta una sensación agradable, algo así como el placer sentido de *chaval* al jugar con latas de tomate puestas en los pies o con los zancos. Un paso difícil, y como si tal cosa; otro paso, otra grieta, y lo mismo. Mi primer ensayo no ha podido resultar mejor. Este dominio del hielo da una fuerza moral muy grande, y en estas montañas el salvar la «masa blanca» es uno de los problemas más difíciles de resolver.

Mi calzado consiste en abarcas navarras de goma fundida y dos pares de calcetines de lana blancos. La goma, para la tierra y roca, va muy bien; para la nieve, mejor, pues no pasa la humedad; el hielo se domina con los crampones; así queda resuelto el problema del calzado, el intrínquis más difícil del montañero. El llevar americana gruesa o delgada, pantalón corriente o *breeches* bandas o polainas, etcétera, no tiene tanta importancia como la clase de calzado que se ha de usar.

La Montaña de la Côte: su «belvédere» (1).—Paso a la Montaña de la Côte a las seis y cuarto, después de salvar satisfactoriamente el temido Bossons. Reconozco que he perdido algo de tiempo atravesando el glaciar, pues podía muy bien de Les Praz d'en Bas haber tirado a la derecha, penetrando seguidamente en la Montaña de la Côte, y dejando a un lado los *seracs* de Les Bossons, subir por el pinar. Pero como he dominado el hielo tan bien, me da mucha confianza y me servirá de gran ayuda en los difíciles pasos que vengan más adelante. Desde este momento (y no es jactancia) se puede decir que moralmente tengo vencido al *Mont-Blanc*.

Ahora, al caminar por la Montaña de la Côte, rodeado de estos pinos alpestres, sencillos y sumisos, y pisando hierbas, musgo y variedades de plantas y flores silvestres, experimento el gran placer, la voluptuosa sensación que las nunca bien ponderadas sierras españolas de la Cordillera Ibérica dan a mi espíritu; en estos momentos recuerdo con fruición las alegres andanzas por entre los pliegues y las crestas de Urbión, Neila, San Millán, San Lorenzo, etc., y todo el paisaje, todo el ambiente, no es más que una evocación de estos recuerdos; aunque aquellos son pinos más machos, más sanguíneos, y aquella tierra, más roja, más vital, parecida a un cuerpo recién pigmentado por el sol.

Allí Chamonix, aquí la villa de Les Bossons, allá Les Houches, todo en la sombra, sin despertar aún; pero, ¡cuánta belleza! Enfrente Le Brevent, L'Aiguillette, L'Aiguille Pourrie, Floriaz, brincando, gozando del sol, erguidas, descansadas,

(1) Mirador.

a disfrutar de un día más; y todo: los valles y las alturas, los árboles y las praderas, la hierba y la flor, el musgo y la roca, el pájaro y los insectos, los perfumes y las brisas y yo; todo goza, todo bulle, todo se alegra al verle a Febo sonriente, varonil y animado. En estos sitios el dueño del secreto, de la alegría y la felicidad es él: el sol. Con el ánimo que de él recibimos ¿cómo hemos de notar el caminar? Las cuestas son llanos y los peligros cosas fáciles de resolver. Dejo la parte salvaje de esta montaña para coger un buen camino. Recibo en la cara el primer rayo de sol a las siete; el conjunto de las Aiguilles du Chamonix, con la esbelta Aiguille du Midi a la cabeza, le habían tenido oculto hasta que se ha remontado, ha subido, y me ha mirado. Creo que gozaré de su compañía todo el día.

Al torcer una curva del camino vuelvo a ver el *Mont-Blanc*, blanco, immaculado (siete y veinte); no lo había visto desde que penetré en esta montaña. A mi derecha se oye el runrún del torrente del Glaciar de Taconaz; algo se ve de su extensión; el resto lo tapan los pinos.

El Chalet des Pyramides. — Llego al Chalet des Pyramides (1.895 metros) a las siete y treinta y cinco. Me sacio de momento de rica leche de cabra (cuatro fran-
grietas vistas de esta altura me recuerdan paisajes quiméricos en que los rayos se hubiesen entretenido jugando al escondite.

Un cuarto de hora en este Chalet y de nuevo a caminar. Han desaparecido los pinos y el *chemin historique du Mont-Blanc* (llamado así por ser el que sirvió a Jacques Balmat y a Saussure para hacer su primera excursión al «Coloso»); va por entre una montaña de hierba y roca. Fuertes repechos (ocho y diez), pero buen camino. Algo más arriba, al dar de nuevo vista a la nieve, oigo el ruido de una avalancha de hielo (ocho y quince), y seguidamente otra; estas pequeñas detonaciones, producidas por la brusca caída de la nieve, tienen mucho parecido a la explosión de los cartuchos de dinamita. A la izquierda, al otro lado de los Bossons, se ve la estación del funicular del Midi; estoy frente a ella; (son las nueve menos diez). En Mt. Corbeau, que viene a ser la parte alta de la Montaña de la Côte, desaparece la hierba. Esta parte montañosa parece hermana gemela de diversas sierras hispánicas. La roca tiene el mismo color, así que al caminar me imagino recorrer lugares



Jacques Balmat, primer descubridor
del Mont-Blanc.

(Cliché Vallot).

cos). Gente muy buena he encontrado en este pequeño refugio: dos mujeres y un muchacho. Al terminar de beber el líquido lácteo entra un joven alemán, y chappurreando francés, me dice que va a pasar al otro lado del glaciar: a la Pierre Pointue. El chalet tiene un balcón que da vista a todo el inmenso Bossons, que se halla a sus pies. A la luz de esta hermosa mañana, el espectáculo del hielo encarna toda la fuerza de las grandes sugerencias. Marcan los *seracs* sus agudas aristas y las enormes

conocidos. De cuando en cuando se oyen ruidos de pequeños desprendimientos de hielo. No me fijo en el sitio en que Jacques Balmat, al descubrir el *Mont-Blanc*, pasó su primera noche el mes de Julio de 1786. Arribo al final de la parte rocosa: Corbeau, a las nueve y veinte. Hasta aquí el camino ha sido bueno y similar al de cualquier otra montaña. He llegado al límite, donde hay un palo largo, indicador de la ruta a seguir. Estoy en el principio del laberíntico Glaciar de la Jonction, que viene a ser la unión de las dos vías blancas de Bossons y Taconaz.

La Jonction.—Un ligero repuesto al estómago (un cuarto de hora pasado), y en seguida a caminar en serio por el hielo y la nieve. Ya hasta el alto no volveré a pisar otra cosa. Desde aquí se ve a distancia, encima de una montaña de oscura roca, el refugio de los Grands Mulets. La perspectiva de este lugar es fantástica para el que, como yo, no está acostumbrado a estos ambientes: imperio de la nieve y el hielo.

Durante el pequeño descanso me preparo debidamente para atravesar estas zonas de peligro; me pongo las bandas, los crampones, las gafas verdosas y no descuido la ayuda del piolet. ¡Hielo, hielo, hielo, hielo; grietas, pirámides, laberintos; rasgados labios verdes amenazadores, pendientes, abismos y hielo, hielo, hielo, hielo! ¡*C'est La Jonction!*

El panorama toma otra coloración y un aspecto más tristón a través de las verdosas gafas, las cuales son cosa obligada para andar por estas zonas tan brillantes, tan pulidas. Empiezo mal; sin querer me he metido en sitios por los que no puedo continuar, y retrocedo para dirigirme más a la izquierda; desde aquí da sensación de haber pasos más difíciles. El hielo es la masa más engañosa que existe en la montaña; ni la nieve, ni la roca defraudan tanto como las duras llanuras y escarpes blancas. Cree uno: ¡bah!, ¡esto es muy fácil!, ¡aquí hay buen camino!, y con la rapidez con que estas ideas han repercutido en el cerebro, nos encontramos, sin sospecharlo, con la escondida grieta que dificulta nuestro paso, o la muralla altiva que nos detiene con un: imposible pasar. No vale confiarse con los *seracs*, éstos decepcionan a cualquiera. Por lo demás, el camino a través de estos hielos de altura, con la ayuda de los crampones y el piolet, es labor muy fácil y entretenida.

He salvado algunas dificultades y grietas muy peligrosas. Veo a corta distancia unas huellas y en seguida camino por ellas. Son las diez y veinte. Estas enormes paredes blancas, que se elevan por doquier, nos empuqueñecen, pareceré menor que una hormiga visto desde cualquier altura de estas.

Hallo una escalera para pasar una grieta a las once menos cinco; veo el fondo del abismo, que infunde respeto y tiene una autoridad muda, que hace se le mire con temor y asombro. La escalera que he pasado, de tan vieja y gastada que se halla parece que se va a romper al poner el pie en ella. Casi seguido salvo otra grieta de la misma forma; esta escalera es peor que la anterior, tiene dos peldaños rotos. Fijándome en esto me viene la siguiente idea: ¿No tendrán estos pasos algo de comedia? ¿No servirán de justificación del cobro de la escandalosa tarifa de 1.500 a 1.800 francos por persona para la ascensión? ¿No habrá algún otro sitio por el que se pueda pasar y no haya necesidad de estos artefactos? No lo sé; no he indagado y no quiero afirmar nada; ya he dicho anteriormente que el hielo es muy engañoso. Pero nada me extrañaría que sirviesen de justificantes y como dando a entender lo penoso y lo peligroso de esta ascensión (hasta el presente sin cosas imposibles).

Tan pronto he pasado las grietas, oigo el motor de un avión; vuela encima de mí; debe de hacer el recorrido del gran macizo, y lleva las iniciales F. A. I. T. Y.

Los Grands Mulets.—Me encuentro bastante cerca de los Grands Mulets, y estoy viendo cómo va llegando a este refugio una caravana de regreso de la altura.

Comienzan los *ujujuis* de saludo, de los que están en el refugio viéndome subir. Les contesto con *santzos* sin estilo. La fuerte pendiente que hay que salvar hasta llegar al edificio quita fuerzas para los *garganteos*.

Llego a los Grands Mulets a las once y media. Entro en el refugio. Saludo a los recién llegados del alto: dos norteamericanos, Frank Curties, B. B. Pond y un irlandés, D. Graham; muchachos jóvenes y de contextura atlética, sobre todo Curties. Tienen una expresión dolorosa, la mirada lacia y triste, los labios secos, quema-



El primer paso de grieta con escalera, en La Jonction.

(Fot. Tairraz).

dos por el sol y la fatiga. Con gran pena me dan a entender que no han podido subir al *Mont-Blanc*; solamente han llegado hasta el Vallot, y eso a pesar de sus tres guías y dos *porteurs*.

Pido café con leche a una de las encargadas del refugio. Con palabras, sonrisas y ademanes zalameros me sirve, y pago (dos francos). Tomándome por italiano me presenta a una alemana rubia, robusta, de mirada salvaje y gestos y actitudes de acémila...; ésta se decepciona en cuanto se entera que vengo de España y no traigo guías, y con un movimiento brusco se marcha a la cocina.

Ojeo el refugio y hablo con unos franceses que se hallan descansando para subir mañana a visitar al *gigante*. Miro el álbum (en el que firmo), y entre otras inscripciones de mucho interés, hallo la de los representantes vascos que pasaron por aquí el año 1926. Dice así: «De regreso de la cima del *Mont-Blanc*, la Federación Vasco-

Navarra de Alpinismo (España), representada por los que suscriben, saludan al Alpinismo internacional.

9 de Septiembre (una de la tarde) de 1926.

El Presidente de la F. V. N. de A.,

Antonio Bandrés.

Los socios fundadores,

Uriarte y Salcedo.

Aparte, a un lado: «De regreso, solamente del observatorio Vallot, se adhiere a éste otro miembro de la F. V. N. de A.—*Bravos.*»

Va siendo hora de comer, y es necesario aprovechar el tiempo. Como no estoy por hacer el primo pagando exageraciones en este refugio, y como además quiero desocupar algo la mochila para tener menos peso, salgo fuera del edificio y doy principio a la frugal comida. Necesito agua y pido a la francesa; me dice que no tiene sino agua mineral y que la botella más barata vale diez francos. Al querer explicarle que me parecía raro el que en un refugio de la importancia de éste no hubiese agua, sale la alemana y groseramente me indica que tienen un tinaco lleno, pero que no me dan, y me enseña la nieve como diciéndome: derrite eso y tendrás mucha agua. Todo ello dicho de tal forma, con tan mala intención e intercalando tan groseras frases, que le contesto como puedo en castellano y francés. Al fondo de un departamento, junto a la cocina, oigo las risas bárbaras y socarronas de los guías, que se alegran del altercado. Sigo comiendo sin agua hasta que uno de los excursionistas franceses que ha observado todo y se ha puesto de mi lado, advierte algo a la francesa, y entonces ésta coge mi cacharro de aluminio y me lo llena de agua. Terminado de comer, pido café a esta señora y me sirve la mitad de antes (una tacita), cobrándome el doble (cuatro francos). Y... dejemos de hacer comentarios, porque hay cosas de las que vale más no hablar.

El refugio tiene una balconada con amplio panorama. Por un lado, la montaña «Padre» y sus satélites Dôme du Goûter y Wilson; por otro, la esbelta Aiguille du Midi, Mont Maudit y Tacul, y a sus pies la Jonction, con la gran vista del fondo: las verdosas montañas que forman el valle de Chamonix.

De nuevo en marcha. Le Petit Plateau.—Me despido de todos los del refugio y salgo de los antipáticos Grands Mulets a la una y cuarto de la tarde. Al empezar a andar viene de la cima una caravana; al mismo tiempo descienden también del refugio los americanos y el irlandés.

Otra vez a pisar nieve y hielo; de nuevo a hundirme en el blanco «océano», a seguir sus oscilaciones, sus caprichos, sus fantasías; todas ellas con la gracia y el sabor de lo eterno. Todas, destilando sabiduría y reposo, gravedad y serenidad. Y así ilusionado, magnetizado, no soy sino un guiñol movido por la atracción de sus encantos.

Al pie de la montaña Pitschner (3.267 metros), llamada Wilson desde el año 1928, a la una treinta y cinco.

Encuentro a las dos menos cuarto una caravana de cinco: dos ingleses con dos guías y un *porteur*. Al dirigirles ciertas preguntas referentes al camino a seguir, los guías no me contestan, mirándome como indignados porque voy solo. Por el lado Norte aparecen densos nubarrones, que temo se extiendan, pues entraré en seguida en la zona desierta de las nieves perpetuas y donde una tormenta resultaría algo muy desagradable. Voy salvando fuertes repechos.

En el Petit Plateau a las tres. Forma una pequeña planicie, y por todos sus la-

dos no se ve sino blancura; es un verdadero valle blanco. De caminar por la nieve blanda (el sol para estas horas la resblandece mucho) mucha de ella ha penetrado en las partes descubiertas del calzado, y a consecuencia de esto noto frío y humedad en los pies. Me encuentro bien y, hasta el momento, no siento la menor fatiga.

Veo a distancia que regresa otro grupo de la altura; a las tres y veinticinco nos saludamos. Es un francés, René Boisson (este nombre fué anotado por dicho señor en mi block de notas; pero como el apellido literalmente significa bebida, no sé si responderá a su verdadera gracia; me lo anotó un poco suspicazmente, y después de escrito me preguntó con sorna a ver si yo era detective), con su guía y su *porteur*, jóvenes los tres, se portaron muy correctamente conmigo.

He dejado un repecho fuerte y me encuentro, antes de llegar al Grand Plateau, con un paso de «cuidado», pero de tina belleza virgen, que sorprende y maravilla. (Son las cuatro).

Le Grand Plateau. Col du Dôme du Goûter.—Llego a la vasta planicie del Grand Plateau a las cuatro y cuarto. En el centro de la misma descanso un poco, lubricando a medias el motor con unas galletas, un poco de leche condensada y algo de nieve para enganar a la boca ante la falta de «bebestible». Caminando a las cuatro treinta y cinco.

Exceptuando los fuertes repechos que hay que subir, y algún que otro paso peligroso en los glaciares, hasta ahora no he hallado ninguna seria dificultad. Marcho en este momento por la gran pendiente que separa al Grand Plateau del Col du Dôme du Goûter, y este último del observatorio y refugio Vallot. (Separados ambos; en más altura el refugio). La cuesta que subo se me hace pesadísima; bien sea porque ya llevo muchas horas caminando o acaso por el enrarecimiento del aire y la falta de fuerte alimento, lo cierto es que no llevo la *souplesse* y la desenvoltura que he traído hasta aquí. Noto mucha sed. Paso por el Col du Dôme du Goûter a las seis.

El refugio Vallot.—Estoy en el refugio Vallot a las seis y media. Es una sencilla cabaña de madera. Su interior, como el de todas las simples edificaciones de alta montaña, se halla con una capa de hielo de más de un metro de altura; lleno de restos de comidas y huellas de paso de gente. Está dividido en dos departamentos y en los dos hay un par de estanterías de madera para dormir. En una de ellas se ve un revoltijo oscuro humedecido por los hielos: son mantas. Suciedad por todos los lados, frío y estrechez. En el departamento de las mantas hallo restos de comida de los excursionistas que han pasado esta mañana por aquí. Entre lo que queda veo una lata grande de mermelada de melocotón; tengo mucha sed y sin mirar ni fijarme a la luz si el dulce se hallaba en condiciones de ingerirlo, de un buen «saque» lo dejo vacío. Me ha sabido a gloria, quitándome la sed y dándome mejor «correa». Con una y otra cosa se me ha pasado una hora. Empieza a refrescar mucho. Oigo desde el refugio el fuerte silbido del vendaval.

En los altos dominios

Al trono del «Gran Señor». El Dromedario.—Me cubro la cara con el «pasa montañas», y andando (son las siete y media). Ya todo ha cambiado. Estoy en los dominios del «Gran Rey» y el ambiente tiene otra majestad, otro respeto; además no queda ninguna montaña que oprima con su altura, y el andar por este trayecto del Vallot

a la cumbre tiene la emoción de lo que se halla pronto al alcance de la mano; del deseo codiciado que se nos va acercando. Así el Dromedario, tan de cuidado, lo voy pasando con tal afán y entusiasmo, que su aguda giba no la aprecio. A mi derecha queda la gran vertiente italiana, que se precipita hasta alcanzar el arisco glaciar de Miage. Enfrente, como mantas color café que tapasen el albo manto de los declives, languidecen con ojos semidormidos L'Aiguille du Pétéret, Le Brouillard, Les Aiguilles de Tré la Tête, y desde estas *bosses* se les mira como a seres inferiores, como a vasallos del «Gran Señor» de los Alpes. Sabiendo que el *Dromedaire* es el gentil-hombre de confianza y el más fiel guardián de su majestad, las demás montañas acatan y se empequeñecen ante su absoluto dominio.

No le puede encajar mejor el nombre de Gibas del Dromedario. Un resbalón en esta altura y allí, al final, nos esperaba la meta del otro mundo. Sería un adiós



Los rebecos de los vírgenes rincones.
(Tairraz Fot.)

rápido y acelerado, contemplado por los inmutables hielos que acaso se enfriarían más y quedarían más blancos viendo el apresuramiento y la velocidad. Les daría espanto a estos señores ver un despido tan brusco a estas horas; han cenado y no quieren molestias, ni que ninguno les interrumpa en sus idílicos coloquios nocturnos.

Festín vespertino. Orgía.—El último pelo de la giba a las ocho. ¡Ten cuidado, Espinosa (parece que me dicen estas alturas), no metas mucho ruido que nos vamos a acostar, aunque puedes saborear los restos del festín. En plena orgía de luz de crepúsculo se les ve sus desnudeces y bellas formas.

¡Embriágate! me dicen. ¿De qué? De ¡rosa!, ¡rosa!, ¡rosa!; ¡oro!, ¡naranja! y ¡azul! Esto es un templo sagra-

do; un templo natural de planos, de cubos, de estilizaciones, de orgía de luz, para entregar nuestro sentimiento y admiración al Sumo Creador.

La nieve, en estos momentos por mágico efecto, ha dejado de ser blanca para mí; lo mismo puede ser nieve que bálsamo sagrado; vivo la emoción del momento que es: ¡rosa!, ¡rosa!, ¡rosa!; ¡oro!, ¡naranja! y ¡azul!

¿Qué ves, Andrés? Después de todo esto, ¿qué te importa de lo de allá abajo? No pienses en nada, y sigue embriagándote de ¡rosa!, ¡rosa!, ¡rosa!; ¡oro!, ¡naranja! y ¡azul!; y aprovecha hasta el último segundo, que el sol marchará a dormir.

La luna asoma juguetona encima de Italia, debe de mirar a algún arlequín allá por Venecia. Si estuviese aquí Picasso me gustaría preguntarle: Tú que eres buen psicólogo, ¿podrías adivinar dónde mira? Debe de estar contemplando a algún pierrot de los que pintas. ¿No ves cómo se sonríe? Fíjate bien.

Picasso: parece este tu campo de inspiración: La luna, los cubos, los planos, Italia, arlequín y borrachera de color. Sería cosa de consultar también con J. R. Jiménez o con nuestro Manu Sota, para que nos descifrasen el misterio de la sonrisa del astro plateado.

¡Oh «Rey»! Amabilidad. Sencillez.—El lado de Chamonix tiene más seriedad. Ya duermen Mont-Maudit, Tacul, Aiguille du Goûter; y todo el blanco valle que desciende a mi izquierda se halla en tinieblas; además, van cerrando sus habitaciones (el mar de nubes cubre las cúspides intermedias). En estas alturas no queda ya sino una apagada entonación naranja, que es como una despedida del día, y entre esta languidez paso por el Rocher de La Tournette (4.677 metros) a las ocho y cuarto.

El trono del «Rey» que, desde el Vallot, simula que se le puede alcanzar fácilmente, engaña mucho; después de pasar el Dromedario, se experimentan pequeñas decepciones al ver que no se llega tan pronto como parece. La última cresta a las



Mar de nubes en el Mont-Blanc.

(D. Chalonge Fot.)

nueve, y prontamente el final. Cuando pongo el pie en la cúspide del *Mont-Blanc* son las nueve y diez.

Piso la alta cumbre como si pisase el cielo. Mi entusiasmo es grande. ¡Oh *Mont-Blanc*! ¡*Mont-Blanc*! ¡Me recibes a esta hora en que no te molesta nadie! ¡Qué animos, qué alegría me das! ¡Qué coloquio tan fantástico, qué amabilidad tienes para conmigo! El viento helado del Noroeste quiere enfriar mis ímpetus, pero no puede. ¿Podría pensar, pisando tu calva, que me encuentro en la máxima altura de la vieja Europa? Creo que no. ¡Qué sencillo eres! Sin grandes ostentaciones, liso y llano.

Verdaderamente, no hubiese creído jamás que la cúspide del *gigante* me diese una impresión tan pacífica, tan humilde, tan natural. Hermanamos en todo y me encuentro en su compañía con la misma tranquilidad que si me encontrase en algún rincón familiar; nada de impresiones terroríficas, nada de misterio; todo sencillez, todo ternura, todo simpatía, es como esas personas a quienes se teme mirán-

dolas superficialmente, y al tratarlas desbordan bondad y cariño por todos los lados, y resultan ser niños con cara de hombres.

Un silencio venerable envuelve su alrededor. Una serenidad, que es como paternal mirada, cubre el vasto ambiente. Allí en el horizonte se extiende larga, estrecha una línea pintada de rojo; es la última cabriola del sol. El cielo con un azul indefinible: semiazul, semiverdoso, semimorado, todo compuesto. Mis anchos pantalones juegan y se agitan nerviosos con el viento. Emoción. Sencillez. Todo a mi alrededor duerme. Las habitaciones (el mar de nubes) cobijan este sueño, fuerte y sereno de los vasallos del «Señor». ¡*Mont-Blanc!* ¡*Mont-Blanc!* ¿Cómo te agradeceré este buen recibimiento que me has hecho a deshora, cuando nadie te molesta?

Me están dando ganas de quedarme a dormir encima de esta cumbre; pero el viento sopla con demasiada fuerza y la poca ropa que tengo me hace desistir de ello; si hubiera venido con más abrigo, muy gustoso pasara la noche en compañía de este «buen padre». Hubiese sido una noche que siempre, a través de mi vida, la hubiese recordado. ¿Quién podría olvidar el eterno coloquio de sus vastos dominios? ¿La emoción imperecedera de sus fantásticas sensaciones? ¡*Mont-Blanc!* ¡*Mont-Blanc!*

¡**Adiós!**—Con una impresión rara, mezcla de sentimiento y satisfacción, me despido de la altura. No desaparece tan pronto de mí la idea de una estancia nocturna en su cráneo liso y reluciente. En fin, ¡¡hasta no sé cuándo!! No me apura nada; no pienso en nada de allá abajo; ahora para mí no existe otro mundo que éste; soy un vasallo de las masas inmaculadas, y voy por ellas, como si toda mi existencia tuviese que deslizarse sobre su blanco manto.

Mucha pendiente, pero como hay huellas marcadas y firmes, se va con gran seguridad. La *Turnette*. Poca luz. En los valles hace tiempo que ha anochecido. Estas alturas tienen aún tenues reflejos mortecinos que provienen del espejismo del firmamento en la nieve, y del reflector de la luna; así no hay cuidado al caminar.

Mira uno a los pendientes abismos como si contemplase a los llanos: ni siquiera un momento de vacilación, ni de temor de caída; tranquilidad, serenidad.

Otra vez la *Bosse du Dromedaire*: el último repecho; a remontarlo de nuevo para coger la augusta giba que me lleve en fuerte desliz hasta el Vallot.

Noche en el Vallot.—De la altura de la *Bosse* ya veo la cabaña en la que pasaré la noche. Bajo afirmando bien mis crampones en las huellas; agarran muy bien; va uno firme, seguro, pisando siempre fuertemente con los talones. Llego al Vallot a las diez y media. Descuelgo mi mochila y a cenar. Quiero dar fin a los restos de tortilla con cebolla que tengo en uno de los cacharros de aluminio, y masco, masco, casi rumio; no me entra, y la tiro. Esta carne seca, estrujada (del otro cacharro) que ha servido para hacer el caldo del puchero del hotel, ¿cómo podré tragarla, si la tortilla no me apetece? El meter estopa es imposible. Cosa líquida o frutas me vendrían muy bien; carezco de ellas, y me resigno a no tomar nada. «Sin cenar a la cama» o «a la cama sin cenar», como se dice a los chicos. Se me olvidó traer cerillas y alguna vela (cosa muy práctica en las montañas) para alumbrarme, y tengo que andar en este pequeño refugio—donde he de pasar la noche—como un ciego. El hielo de su suelo hace pensar en las frías viviendas de los esquimales. Por las rendijas de la madera penetra un viento helado que acuchilla. En seguida me preparo para acostarme; lo primero que hago es descalzarme y secarme los pies (durante todo el día los he tenido humedecidos). Hinco seguidamente el piolet en la masa helada del suelo, y en él pongo los calcetines de lana; dejo la mochila a un lado, cojo un



Perspectiva parcial del macizo del Mont-Blanc.

montón de mantas húmedas, me tapo bien y a dormir. Floto en la inconsciencia, aunque el sueño no es muy profundo; el frío de los pies no me deja descansar debidamente, y la mayor parte de las horas las paso encogido, agachado sin soñar en nada, sin impaciencia alguna. Un querer dormir, resistiendo intuitivamente el amplio conjunto de visiones eternas en el cerebro que se manifiestan en un ambiente nuevo para mí: el hielo.

En busca de nuevas rutas

15 de Julio.

Mañana de sol. Hacia los valles.—Me he puesto en pie a las cinco, y lo que me ha dado arranque para levantarme ha sido el deseo de mirar al *Coloso* desde la ventana de esta cabaña. Bajo un cielo limpio, como si fuese el primero que apareció en la tierra, descuella el «Señor» con todo su séquito, luciendo su soberanía. Las vertientes de la parte francesa tienen una iluminación radiante, animada. El Dromedario, en primer término, posee la severa línea de una esfinge. Sigue soplando el fuerte viento que no ha cesado durante la noche, y que parará en cuanto el sol tome bríos. Me avío, y doy paso a la pacienzuda labor de calzarme. Ni remotamente me imaginé ayer nada de esto: Los calcetines que dejé colgados en el piolet han aparecido como una tabla, duros, tiesos, parecen petrificados. Tengo que golpearlos durante buen rato (cerca de veinte minutos) antes de que puedan entrar en mis pies. Este termómetro natural de lana del Gorbea (compré estos calcetines a un pastor de Ceánuri) sirve para dar una idea de la baja temperatura que he tenido en el «refugio». No me puedo quejar; aunque ha hecho mucho frío, se me ha pasado la noche sin darme cuenta. ¡Como que he sentido pereza para levantarme del duro «catre»!

Un run-run de voz humana viene hasta mí; espero que se aproximen y abran la puerta, pero las voces siguen a distancia. Salgo de la cabaña. Veo a dos personas que se resguardan en un promontorio del fuerte viento helado y comen con apetito. Son italianos: Giorgio Thurer de Génova y su guía; van para el alto. A pesar de la simpatía y amabilidad de sus sonrientes rostros, hemos tenido que quedarnos como al principio, pues era imposible que nos entendiésemos, ya que desconozco por completo la lengua del gran Leonardo de Vinci. Después de parlotear algo, queriéndonos entender, nos despedimos sin conseguirlo. Antes de descender doy una vuelta por el observatorio Vallot, que se halla cerrado. Son las seis. Tiene dobles dimensiones que la cabaña; es también de madera y asimismo se halla forrado de oscura chapa de acero. Una vuelta por su balconada, y para abajo. En la alegría de la mañana no se siente nada, sino placer: placer de encontrarse en estas alturas, placer de caminar por ellas, placer de todo. Se salvan, se bordean los blancos lomos con satisfacción. Luego la nieve no se ha ablandado todavía y al dar el paso no hay necesidad de pisar fuerte; se sujeta el calzado con firmeza.

¡Qué mañana tan hermosa! ¿Quién no se siente entusiasmado, ebrio de alegría con esta luz? Todas las montañas, que ayer al mirarlas desde la altura dormían y se encontraban negras, ahora bullen, saltan, se regocijan. En grandes zancadas salvo buen terreno.

Le Grand et Le Petit Plateau.—Paso al Col du Dôme du Gôúter y me precipito hacia el Grand Plateau, donde llego a las siete menos diez. El sol es el gran mago

del secreto de las montañas. La aridez, la dureza, la monotonía pierde su característico amargor con su suave caricia. Cuando contemplamos fríamente fotografías de montañas u hojeamos algún libro de alpinismo, no podemos llegar a comprender cómo es posible puedan vencerse aquellos pendientes lomos que admiramos, la roca escarpada y lisa que nos subyuga, la grieta que simula blanco féretro, la vasta extensión helada, la dureza de los repechos, etc.; la solución de este problema está en la luz y en la limpia atmósfera de la altura. Con buen sol y aire no hay cuidado de nada. Todo se empequeñece, todo se salva.

El Grand Plateau forma una amplia planicie blanca, circundada en su frente por el *Mont-Blanc*, a su derecha por el *Dôme du Goûter* y a la izquierda por los



Cumbre del Mont-Blanc vista del Noroeste (vertiente italiana).

(Fot. Mittelholzer).

Monts Maudits. Guarda en su historia trágicos recuerdos, que mejor es no recordarlos; pero también, páginas bellas y optimistas, tan bellas como esta mañanita que hace olvidar todo. Mañanita que aviva la sangre con los ímpetus de claridad de los panoramas deslumbradores.

Falla todo lo que un humano pueda decir y explicar de estas maravillas: La realidad del arte (literatura, música, pintura) queda muy pobre, muy baja, queriendo plasmar las fuertes impresiones que la naturaleza nos depara a cada instante.

El hermano pequeño.—Las inmensas masas de hielo, los bloques gigantescos se agrandan más; la luz y la sombra les da más esbeltez, y en esta fantasmagórica hora de hechicería blanca me toca pasar por la gran grieta vercosa que semeja un animal de fábula, raro y monstruoso, con sus fauces agudas y sus grandísimas quijadas, de las que pende una dentadura marfileña transparente, de un marfil original, tan resistente como el auténtico.

Virgenes bloques se suceden y forman legión; nadie los ha tocado; siguen puros

desde la formación del mundo. Para llegar al Petit Plateau tengo que bajar cuevas tan pendientes, que no me extraña que muchos de los excursionistas se destruyen al subir, y sobre todo, si no llevan buena preparación de pierna. ¡Hay tanto desnivel!... Arribo a la pequeña planicie a las siete y veinte. Continúo por la marcada ruta a largos pasos, y pronto me sitúo al lado Sur del Pic Wilson. He dejado la senda del *Gigante*.

Mont-Maudit y Tacul

(Contrafuertes del Noroeste).

Vengo contemplando desde el alto L'Aiguille du Midi y me parece empresa fácil el poder escalar durante la mañana de hoy esta aguja. ¡Pero cuán distinta es la realidad de la apariencia, como veremos más tarde! Estoy sentado en el hielo, quitándome los crampones y trazando mis planes de marcha: por aquí, por allá, ¡Pech!... muy fácil; ¡al mediodía en Chamonix! (La voz de la verdad: No creas eso, Andrés.) Son las ocho y veinte y empiezo a bajar el Pic Wilson por el lado E. Tengo que hacer varios equilibrios y trabajos: ponerme los crampones, quitármelos, gatear, arrastrarme y hacer de «alambrista» pasando las grietas, a veces con un cuidado excesivo. Esta serie de operaciones me hace perder mucho tiempo.

L'Aiguille du Saussure. Sol. Embriaguez.—He dejado este pico y empiezo a caminar por el glaciar de Les Bossons a las nueve y veinticinco. El hielo forma aquí una lisa extensión, con escasas grietas. Viene a ser esta zona como el nacimiento del extenso glaciar. El glaciar amado del «padre» y su mayor confidente. Todos los grandes misterios del «Rey de los Alpes», los mayores secretos, han sido cobijados también por el pecho de éste.

Paso el glaciar y llego al pie de las rocas del Mont-Maudit a las nueve y cuarenta; empiezo la subida de una fuerte rampa de hielo, que viene a ser el único paso caminable, algo así como la portería de estas bravas pendientes del Oeste.

A mi derecha quedan los monumentales riscos, la mayoría vírgenes, del amplio Mont-Maudit. A mi izquierda L'Aiguille Saussure (3.639 metros); pequeña, fina, afilada. Junto a un rumor de chorro de agua de deshielo tomo un bocado (el desayuno). El reloj marca las diez y quince. Repuestas las fuerzas, emprendo de nuevo la marcha a las diez y veinticinco. El sol baña de frente mi rostro; brilla el hielo. Las pendientes son muy fuertes. Subo tanto, que para cuando me doy cuenta estoy en el Col (?) du Mont-Maudit. Desde donde me encuentro poco me hubiese costado llegar a su cumbre (unos treinta minutos); pero estaba obsesionado con L'Aiguille du Midi, y ciego, ebrio de luz de sol y de hielo, me lanzo a su conquista. ¿Cómo?; descendiendo. ¡Gran quintada! Mas tarde sufriré sus consecuencias. Habiendo ganado altura y dejando los contrafuertes de Tacul (donde he penetrado) por las cumbres del Mont-Maudit y el Tacul, creo que me hubiese resultado mejor la jornada; pero, en fin..., «perdiendo se aprende», como dice el refrán.

Pendientes y más pendientes, dificultad tras dificultad. Siento la fuerte atracción de las masas vírgenes, y como un centauro me lanzo por todo lo que se me presenta. No miro al peligro, no reflexiono debidamente estudiando los puntos con exactitud; me arde la sangre y noto que soy otro hombre: algo que parece haber sido

criado por el hielo; un mitad animal, mitad persona; que pisa fuerte, salva grietas, peligros, laberintos, pendientes, y se halla embriagado de sol y blancura. Ni el hambre ni el cansancio me oprimen; han huído de mí. No hago sino andar y seguir adelante, siempre adelante, sin fijarme, como debería ser mi obligación, en técnica alpina. El hielo me atrae, me subyuga. Hasta en las caídas parece que siento placer, a pesar de que ve uno la peligrosa *glissade*, tan temible y tan traidora. Y esta embriaguez, esta fogosidad han sido la causa de mi engaño.

Salvo una dificultad y se presenta otra, paso un peligro y otro me acecha, y así continuamente. El disco radiante me ha cogido al mediodía en el corazón del Circo, y es de ver las altivas moles blancas a esta hora. La mayor fantasía se empobrece, queriendo representar estas maravillas engalanadas por el ardiente sol de las doce.

Reflexión.—Ya creí haber salvado la peligrosa montaña, y tan pronto como esto pienso sufro otro engaño: son las tres de la tarde cuando doy principio al gateo de la roca y respiro satisfecho pensando: ¡bah!... «ya no hay más que llegar y besar al santo...»; pero vienen pendientes tan lisas, tan dificultosas, que era infinitamente mejor sortear los peligros del hielo que salvar estas murallas. Tres horas he invertido en pasar toda la serie de fortificaciones, y como por sus partes altas era imposible sortearlas, he tenido que descender mucho. ¡Consecuencias de la gran quinta-cometida al principio! Ya, por fin, estoy en el verdadero pie de L'Aiguille du Midi. He atravesado todo lo más duro, lo más virgen, lo más salvaje del grandioso macizo del *Mont-Blanc*, los contrafuertes del NO. de Tacul. No sé ni cómo he salido bien de empresa tan peligrosa. La jornada que he salvado hasta esta hora (las seis de la tarde) ha sido infinitamente peor que la de ayer, no tiene ni punto de comparación. ¡Me ha enseñado la montaña tantas cosas, he aprendido el día de hoy tantas lecciones de ella, que a pesar de las luchas morales y físicas que he tenido que emplear para no «naufregar» (el deslizamiento me acechaba a cada instante, y una *glissade* en estos sitios ya se sabe lo que da de sí), me puedo dar por satisfecho!

La tarde lleva su curso, pero eso no me desanima. Sacando entusiasmos y fuerzas de no sé dónde (desde las diez y quince no he probado bocado, y lo que he comido a esta hora apenas si me ha llegado al estómago: un cuarto de *sanwich*. En la mochila ya no me quedan provisiones: alguna pastilla de chocolate y un bote pequeño de leche condensada, que guardaré para mañana) continúo subiendo cuestras y gateando las rocas. Me está costando llegar a L'Aiguille, pero cada vez estoy aproximándome más a sus altos dominios.

Noche entre rocas

Mi «habitación».—Gatea y más gatea, hasta que el firmamento me llama la atención: está anocheciendo, son las nueve y quince. De nuevo el crepúsculo me ha tenido abstraído durante un buen rato.

No doy un paso más, pues es muy peligroso caminar a oscuras por entre las rocas. ¿Dónde pasar la noche? Estoy a unos 3.400 metros de altura, y dando cara a todo lo más virgen y blanco del gran macizo; el frío será intensísimo. Trato de buscar un escondite, pero no encuentro nada. Todo lo que veo es roca pelada, suelta y lisa. Sin pensar más, me acomodo en una esquina, y hasta mañana. Se oye el murmullo del agua que se lanza jaranera camino de los torrentes. Tengo un *belvédér*,

vasto y maravilloso; la trayectoria del *coloso* desde la cima, pasando por el Dôme du Gôûter, los Grands Mulets y la Montaña de la Côte, hasta los valles de Les Bossons y Les Houches. ¡Todo un reino! Mi cena ha consistido en un sorbo de agua. Empieza a soplar el viento helado. He enrollado los pies con las bandas, y así me tumbo en las inhospitalarias rocas. Mi «habitación» es imposible airearla mejor, por todos los sitios penetra el viento, y el frío se deja sentir con mucha intensidad. Por lo demás, no es siniestra ni antipática. Además, tiene una buena iluminación de

luna, que luce en su cuarto creciente. El viento helado sopla brioso. Duermo en pequeñas etapas media hora o veinte minutos.

La canción melancólica.

¡Silencio!—Como las extremidades se me hielan, tengo que golpearme y hacer ejercicio. Muchos ratos los paso cantando por «lo bajo» (destrozo todo el programa argentino). No se puede cantar muy alto, la montaña infunde respeto.

Un caso natural y que me ha llamado la atención ha sido el gran silencio que desde las once de la noche ha invadido estos lugares. Las pequeñas torrenteras, que se precipitaban nerviosas y agitadas, llenando el ambiente con sus rumores alegres, se han callado, duermen, y dan ejemplo a los hombres, de que la noche se ha hecho para descansar y no para otra cosa. ¡Silencioso misterio de las



El Mont-Blanc, visto desde la Dôme de Miage.

(Granier Fot.)

cumbres, todo henchido de sabias enseñanzas! A las doce y treinta de la noche próximamente, se esconde la luna tras las montañas del Gôûter y Bionnassay, y la oscuridad se hace más densa y el ambiente más tristón.

Un silencio profundo envuelve todo. La soledad se acentúa más a la huída del disco plateado; es más áspera.

Mi lecho. ¡Tranquilidad!—El cuerpo pide descanso, y no repara en que un saliente de piedra le acribille por la espalda, ni que las extremidades inferiores no tengan punto de apoyo seguro, ni que tenga que mantenerse recto, casi rígido, sin poder moverse, en posición de decúbito; se hace el tonto, y quita la fatiga.

Los ojos, medio dormidos, miran los oscuros abismos con indiferencia, como si acostumbrasen a contemplarlos muchas veces desde este mismo sitio. ¿Se po-

dría explicar con claridad este raro fenómeno de la tranquilidad y de la indiferencia de mi espíritu, frente a estas masas téticas y aplastantes, y ante una oscuridad de Limbo? Parece que me encuentro lleno de seguridades, rodeado de grata compañía y con el Angel Tutelar bien despierto. ¡Me cuesta caer de mi asombro! Si no sería por el fuerte viento, dormiría en la roca como en la mejor cama. El rato que quedo dormido me sabe a gloria.

¡Silencio! ¡Silencio! ¡Soledad! ¡Golosinas del alma!

En el vasto espacio: una luz.—De una a una y media de la madrugada veo salir una luz de los lejanos Grands Mulets. Son los alpinistas que aprovechan el buen estado de la nieve para subir al *Mont-Blanc*. Al de un rato sale otra luz. Este espectáculo de contemplar las luces es de un gran entretenimiento y ayuda, al mismo tiempo, de la imaginación, pues mientras uno se halla quieto e inmóvil, incrustado en las rocas, contemplando cómo poco a poco van ganando altura los alpinistas, se piensa egoístamente en sus dificultades, a estas horas tan lúgubres, bien marcando el monótono compás de marcha en la nieve, ya pasando una peligrosa grieta a la triste y embrujada luz de un mortecino farol.

A las tres de la madrugada se nota algo de claridad en el cielo; sin que nada se aperciba, casi misteriosamente, los contornos van siluetándose y la masa realza sus vastos espacios.

Amanecer.—Ha amanecido a las cuatro. Las luces, las pinceladas amplias, vigorosas del crepúsculo matutino merecen los ademanos y acatamientos de los árabes: un besar la tierra y contemplar el cielo con los brazos y las manos extendidas, en señal de admiración y veneración.

Como si jugase a través de una vidriera, el sol esparce luz de colores riquísimos, está divirtiéndose con su linterna mágica y tiene un buen telón y escenario para lucir sus habilidades: la pureza de la nieve virgen.

Aunque el frío me ha tenido alerta a cada instante, he pasado la noche relativamente bien, y si algún amargor me pudiese haber quedado de ella, que no recuerdo ninguno, los bellos efectos luminosos del despertar del día lo borran todo.

Esta bella mañana me trae nuevos ímpetus y optimismo. Alegría, buen sol y hermosas perspectivas son mi desayuno. A todo hay que acostumbrarle al cuerpo. Sigo sin probar bocado.

Una despedida cordial y eterna a mi duro lecho y de nuevo a preparar. Comienzo a caminar para L'Aiguille du Midi a las cuatro y quince.

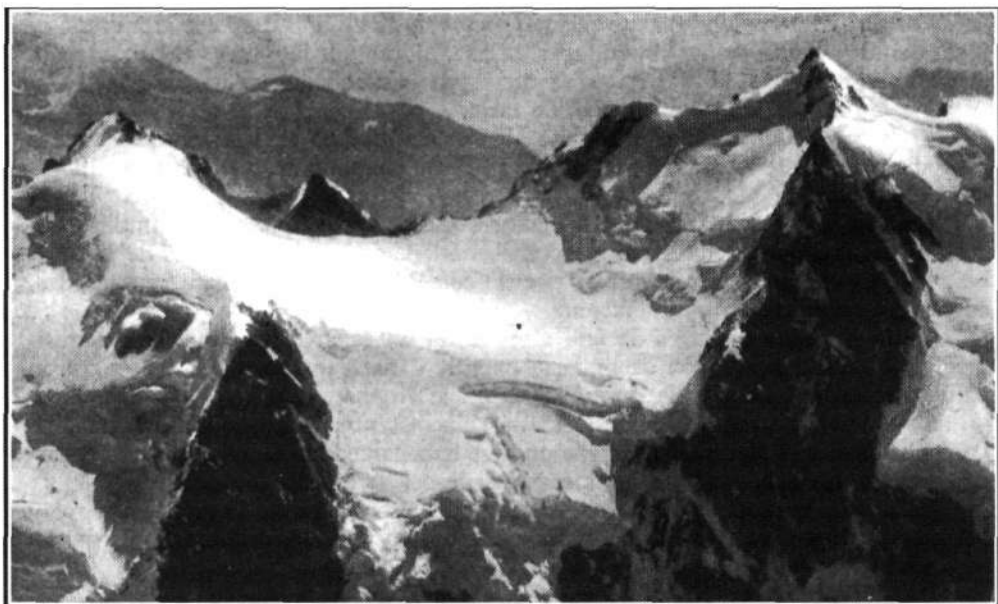
L'Aiguille du Midi

16 de Julio.

Las heladas pendientes.—Un día más y la jornada sigue. L'Aiguille du Midi, que creí poder escalar ayer por la mañana, aún se halla distante. ¡Cuánto engaño por desconocimiento del terreno! En parte me alegro, pues mi temperamento es de los que necesitan del jaque y del espoleo de la aventura, de la dureza y la incertidumbre, para pensar fríamente y lanzarse con tenacidad de acero ante lo dudoso y desconocido.

Estoy en el final de un pendiente ventisquero; tengo clavado el piolet en una rampa de hielo de más de un 70 por 100 de desnivel, y noto que me falta la mochila. La he dejado olvidada al tener que pasar arrastrándome por una estrecha y pequeña chimenea. Como, dada su estrechez, me era imposible arrastrarme con ella puesta, me la quité, y tan pronto hube salvado el pasadizo, la obsesión de pasar la fuerte rampa de hielo, hizo que no me preocupase de mi pequeño «tesoro». Me veo obligado a bajar unos 50 metros, y de nuevo a emprender la operación anterior para continuar la subida con la mochila puesta.

El Col du Midi. La cabaña.—El sol aparece radiante por los costados, pero en estos canchales no ha penetrado aún; por eso estos peñascos tienen todavía el semblante hosco y gris: conservan la humedad del rocío. Supongo que tan pronto pase



Mont-Blanc de Tacul y Mont Maudit (lado Norte)

(Fot. Mittelholzer).

esta barrera me esperará alguna grata sorpresa, y llevo esa ilusión, muy corriente en alpinismo: la gran satisfacción de llegar a la cumbre, cuando ya vemos y notamos que la misma se halla muy próxima a nosotros (estoy llegando al Col, para L'Aiguille aún hay que andar bastante), una pequeña impaciencia, que se suele traducir generalmente en carreras optimistas, hacia el buzón o mojón de la altura; la mayor parte de las veces, por el afán de dominio, por la contemplación desde la altura o por la sorpresa consiguiente.

Los pasos mejores se encuentran a mi derecha, y el andar por los lugares más fáciles me han llevado hasta la cabaña del Col du Midi (3.544 metros), la cual ignoraba que existía.

Veo que se halla en mal estado, aunque no me doy cuenta, hasta más tarde, de que la pobre está completamente destrozada.

Lo que son las cosas: un rato he pasado mirando a la puerta (sin darme cuenta del derribo) y calculando cómo podría entrar en el refugio; reflexiono al mismo tiempo sobre mi forzado plan de estancia en las rocas: ¡cuánto mejor hubiese pasado aquí la noche! Pero... ¡qué desilusión, al ver que de este triste refugio de madera no queda sino el frontis de entrada, con un pequeño resguardo semidestrozado, próximo a la puerta! Son las cinco y cuarenta.

Vallée Blanche.—Lo dejo para, salvando el promontorio, poner de nuevo mi planta en la immaculada nieve. Ya me da el sol en la cara. A medida que camino voy de sorpresa en sorpresa. ¿Qué se presenta a mis ojos que tanto me llama la atención?: Vallée Blanche.

Si el gran Maurice Denis viviese y contemplase esto, su admiración sería tan grande o mayor que la mía, y no demoraría mucho en coger su paleta y sus pinceles para plasmar las bellezas que este espectáculo guarda. Aquí encajan bien sus ninfas y sus ángeles; su fantástica composición y su colorido puro e ingenuo. Aquellos fondos de sus *panneaux* decorativos, que parecen estar tomados en ambientes ultraterrenos, con armoniosos destellos de color y que trajeron a la pintura moderna mil y mil encantos, hermanan maravillosamente con lo que mi vista contempla en este momento. ¡Con qué agrado se camina por este Vallée Blanche!

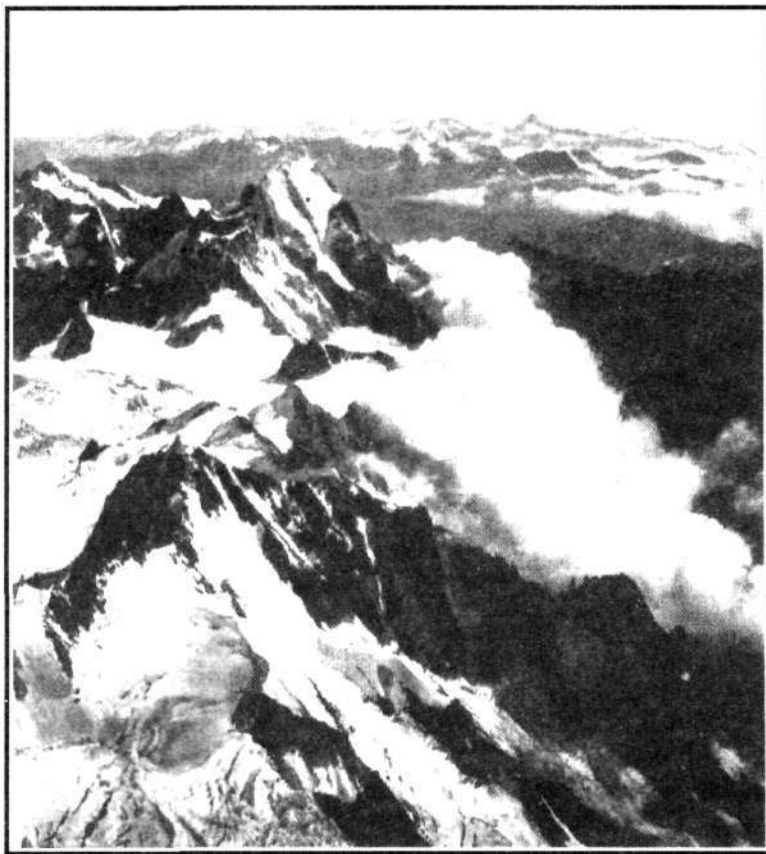
Forma el terreno una planicie extensa algo combada por sus extremos y muy despejada al E., pues sólo el Petit Rognon (3.009 metros) invade por ese lado sus dominios. ¡Luz y blancura! en el virginal manto, al parecer no pisado esta temporada por ningún mortal: ninguna señal se nota en el amplio conjunto. Buen sitio para el patinaje e incomparable para la contemplación. Mis huellas quedan marcadas en la reluciente llanura y a distancia semejan el serpenteo de algún reptil. Ellas quitan la virginal pureza a este paradisiaco lugar.

Para alcanzar la cumbre. ¡Pobre cuerpo mío!—Llego al pie de L'Aiguille du Midi a las seis, y con mi viciosa costumbre, que me costará quitar (sin estudiar claramente el itinerario a seguir), comienzo la subida de un gran desnivel helado. Por esta vertiente voy muy bien al principio, pero pronto se me pesará el haber ido por ella: ya casi a su terminación tropiezan mis crampones con un hielo tan duro, que tengo que andar con sumo tiento para que un resbalón peligroso no me lleve allá abajo y me deje hecho una piltrafa. Por esta causa, antes de dar un paso es necesario afianzarse bien y andar muy listo en el manejo del piolet; y para salvar una veintena de metros tardo... «un sin fin».

Me he inclinado demasiado hacia el NO., teniendo por tanto que retroceder buen espacio de terreno, y al bajar, debido a la pendiente tan pronunciada de los hielos y a la mala situación (el lado SE. que ocupa esta parte hace que la nieve se reblandezca pronto, y como debajo de ésta quedan las capas heladas, los crampones agarran muy mal, pues la endeble cubierta resbala con su interna masa), tengo que trabajar tan briosamente con el piolet, que verdaderamente me maravillo de que esta mi «pobre figura» pueda resistir tanto (el estómago no me reclama nada, a pesar de no haber comido desde ayer a las diez y quince de la mañana, y en el cuerpo no noto los síntomas del cansancio ni la mínima debilidad). Debe de ser el sol y el aire de la altura los que así me sostienen. ¡Pobre cuerpo mío! ¡Tan parecido por su sequedad al de los beduinos y tan resistente, al parecer, que el de ellos!

En la boca de un paso muy estrecho, y por donde corren las derretidas nieves, doy termino a las provisiones: el botecito de leche condensada y algo de chocolate; son las diez.

En la altura. Perspectivas.—Paso de nuevo a la labor de gateo por la roca. Llevo la ruta del lado S. y SO. Unas veces pisando nieve, y roca la mayor parte, sigo ganando altura. Trepa y trepa, paso por sitios de verdadero «compromiso». Casi al final salvo una lisa plancha rocosa, en la que tengo que desenvolver mi cuerpo procurándole la elasticidad máxima y, a la vez, la firmeza más completa. En el peñasco final a las doce y cinco. ¡Vaya ATALAYA! Es lo bueno que tienen las cum-



Grandes jorasses del Mont-Blanc de Courmayeur. (H. Bregeault Fot.)

bres; exigen esfuerzo pero luego ellas ¡qué bien saben pagarlo! El sol del mediodía anima todos los valles y las amplísimas perspectivas bullen fosforescentes. Pocos miradores habrá en los Alpes con la gracia de éste. El grandioso macizo chamoiniano presenta sus uniones, sus parentescos ramificados, que se extienden para Suiza y para Italia, distinguiéndose con mucha claridad picos y agujas, superficies blancas, valles verdes; en una palabra, un conjunto magistral. Sería interminable la lista de todas las cumbres que están a la vista, sobre todo por el lado de Oriente, donde resaltan La Junfrau, El Cervino, Monte Rosa y miles de picos más, en los que un cartógrafo se entretendría comprobando sus observaciones con calma benedictina.

Huellas alpinas. Satisfacción en la altura—Debajo de la piedra más alta, y metidas en una lata de conservas, hallo las tarjetas de unos italianos: Rsf. Torino, Callanei Alberto, del U. L. E.; Génova: C. A. I. Pallescruca; Ragre Saukkonen Umberto, U. L. E. Génova; C. A. I. Génova, 23-VIII-928.—Por lo que puedo apre-

ciar en la clara y llamativa colocación de las tarjetas, desde la fecha del 23 de Agosto del año pasado no ha debido de subir nadie a esta aguja.

Mirando los rincones encuentro otras tarjetas (más ocultas), pero éstas fechadas el año 1926 y el 1927; una de Enrico Cecioni du Firenje C. A. I.; ser Aoeste e Pisa. Alpino Laurent Grisel da Courmayeur, 12-VII-926. En el reverso tiene una larga explicación que, por estar en italiano y ser algo larga, no la transcribo. Otra de Domirco Re de Génova; G. Federico Benevalo y Sergio De Marini, S. U. C. A. I., del 2-VIII-927.—¡Qué casualidad! todos italianos. ¿Serán acaso los únicos que estos años de 1926-1927-1928 han puesto sus plantas en esta aguja?

Difícil será encontrar un mirador con tantos atractivos que éste. Todas las descripciones quedan empobrecidas; así que me contentaré con admirarlo, extasiarme de todo: del sol, del aire, de la nieve, de las rocas, de los verdes valles, de las afiladas agujas, de los endemoniados glaciares, en fin... del grandioso y armonioso conjunto.

Bajando las rocas. ¿Voz humana?—Abandono la cumbre a la una y diez. Bajo buena parte arrastrándome y buscando las partes más difíciles, como medio de entrenamiento para *El Cervino*, al que pienso subir, Dios mediante, tan pronto como termine con estas zonas. Esta piedra suelta y escurridiza, mezclada con nieve, escandaliza en la caída y se oye allí, en el fondo, el eco de sus barullos.

Varias veces al bajar he prestado atención a un rumor como de voz humana, y veces ha habido de dudar, pensando: ¿Me engañaré, creyendo que por aquí existen algunos mortales que alarguen sus cuchicheos en esa forma, o en realidad hay en algún rincón quien charla a placer? ¡Me engaño!; aunque el viento, la caída del agua y las formaciones de las paredes de las rocas imiten tan bien la voz humana, envolviendo sus sonidos en un alargamiento parecido al del rezo del rosario en alguna iglesia aldeana. Me imagino ver ánimas en pena, sollozando a media voz.

Otra vez el Vallée Blanch. Las ráfagas misteriosas.—He llegado al sitio donde tomé la ligera ración a la mañana, lo que quiere decir que estoy al final de la parte rocosa. Hasta el Vallée Blanche no tendré más que nieve. Tan blanda, que en muchos sitios me hundo demasiado. La pendiente es muy pronunciada y aprovecho la blandura de la blanca capa para deslizarme, como si patinase; aunque estos juegos resultan peligrosos. En un par de ocasiones los «remos» han quedado hundidos y doblados, y con el empuje de la marcha, la rotura de algún hueso podría convertirse en realidad; conviene, pues, precaverse de una desgracia de éstas, y freno algo el paso.

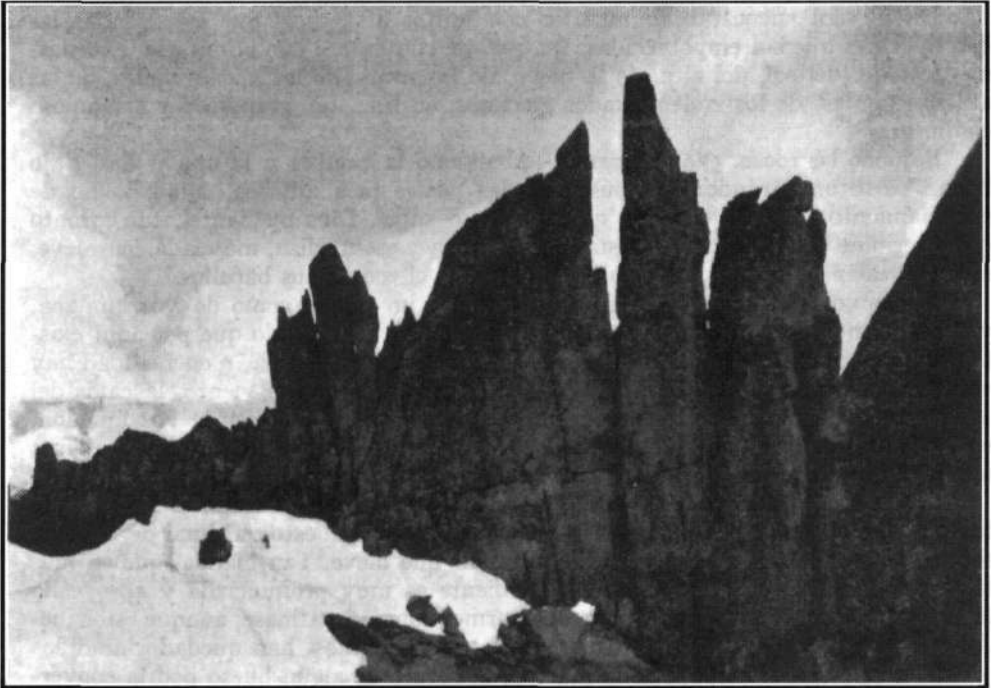
Terminadas las fuertes pendientes, mi marcha por el Vallée comienza a las cuatro y diez. La nieve no tiene la gracia de la mañana, y al andar por ella experimento bastante pesadez; los pies se hunden demasiado.

Unas ráfagas, rápidas y raras, pasan a velocidad de rayo. ¿Qué son?... No me doy cuenta de lo que pueden ser, y cuál es su causa, hasta que una pisada, acaso más fuerte que las anteriores, ha hecho que me fijase en el raro fenómeno. La tierra parece abrirse al poner el pie, y a lo largo de la vasta extensión repercute con velocidad de relámpago un siseo violento, alargado hasta las regiones lejanas y misteriosas de las heladas entrañas blancas. ¿Velocidad eléctrica o ráfagas secretas que mueren o que protestan de mi paso? Como exteriormente no dejan ninguna señal, fraternizo con sus fugaces relampagueos y camino con tranquilidad.

¡Bajar! ¡Bajar! Envers du Plan.—He subido a un altozano de este valle, y toda la perspectiva que se extiende a mi vista es de majestuosos imperios de glaciares

y *seracs*. Descendiendo, da gusto alargar la zancada y salvar buenas extensiones con el pisar potente de los crampones. Todo es cuesta abajo, hasta allí... hasta Chamonix. ¡Bajar!, bajar rodeado de blancura, sin otros panoramas que de nieve, hundiéndose uno en el mullido y «cándido» suelo. ¡Bajar! ¡Bajar!

He dejado el Vallée Blanche para pasar rozando el Glaciar d'Envers du Plan (cuatro y veinticinco), el que me llevará más tarde al de Tacul ou Geant. Oprimen las montañas que se elevan a mi izquierda (Aiguilles du Chamonix), y dan a estos neveros una sensación sombría; no hay el despeje de horizonte de allí arriba, ni



Siluetas.

(Fot. Tairraz).

aquella alegría y serenidad. Al caminar para los valles el pensamiento añora la pureza y la templanza de las cumbres.

Hay pasos de mucho cuidado; tres veces me he hundido en la nieve, y una de ellas ya creí que me sepultaba: tuve que lanzarme con rapidez hacia adelante, sujetándome como mejor pude para que los verdes abismos no me apresaran.

Esta grandiosa unión de glaciares tiene menos alegría que sus hermanos de las vertientes del «Rey de los Alpes»: Bossons y Taconaz, aunque más dramático atractivo.

Los endemoniados «seracs» del Geant.—Las seis y media próximamente han sido cuando he penetrado en el encabritado Glaciar du Geant ou du Tacul. Salvaje, fiero e indomable, presenta sus *seracs*, como en plan guerrero, con afiladas aristas, con piramidales moles, con grietas que espantan por su mueca macabra.

Hay que pasar este caos aplastante con tanta precaución que el exceso de ella es un inconveniente, hasta cierto punto: se piensa demasiado en el peligro, y no resultan estos pensamientos para terminar felizmente con los pasos altivos e indomables. No viendo esta destrucción de moles, jamás puede llegarse a creer en la sensación de trágico espanto que producen los abismos, donde la muerte blanca tiene su reinado. Fantásticos recintos propios para la fuerte inspiración del Dante, y en los que las figuras de algunos de sus condenados encuadrarían *ad hoc* en los tétricos y rebeldes *seracs*.

Es el lugar de los dos extremos: o del silencio augusto y melancólico, siempre reflexivo, o del gutural grito, salvaje y espasmódico, de quien los verdes labios y los salvajes laberintos han espantado. No caben términos medios.

A medida que me voy aproximando al Mer de Glace, las grietas son más peligrosas, los *seracs* imponentes; semejan lugares en los que los terremotos hubiesen derribado montañas elevadísimas, reduciéndolas a su más simple expresión: los bloques helados.

El «Mer de Glace»

Cinco. Requin.—Ya he pisado algo de tierra, que está aquí de los desprendimientos de L'Aiguille de Blaitière, y el hielo está sucio, feo, parece que no se ha lavado la cara.

Veo, a no mucha distancia, el refugio de Requin, y al fondo, extendiéndose rígido, grisáceo, el Mar de Hielo, y me fijo en que vienen por un sendero que destaca por su blancura, unos cuantos alpinistas, que probablemente subirán al Requin a pasar la noche. Los cuento: son uno, dos, tres, cuatro, cinco. Aparecen menores que el punto de una alfiler; no somos nada en estas grandiosidades.

Con largas zancadas, por vertientes sin agrietamientos (han quedado atrás los «Moctezumas avinagrados»), me sitúo a las siete y treinta en los «Moulins», centro de reunión del Mer de Glace, del Talefre y del Geant ou Tacul.

Aquí he cruzado con los cinco excursionistas: un matrimonio francés (me spongo por su porte y sus insignias), con dos guías y un *porteur*. No hemos hablado nada; estoy desentrenado, después de tres días, de no haber movido los labios; unas sonrisas, y en marcha.

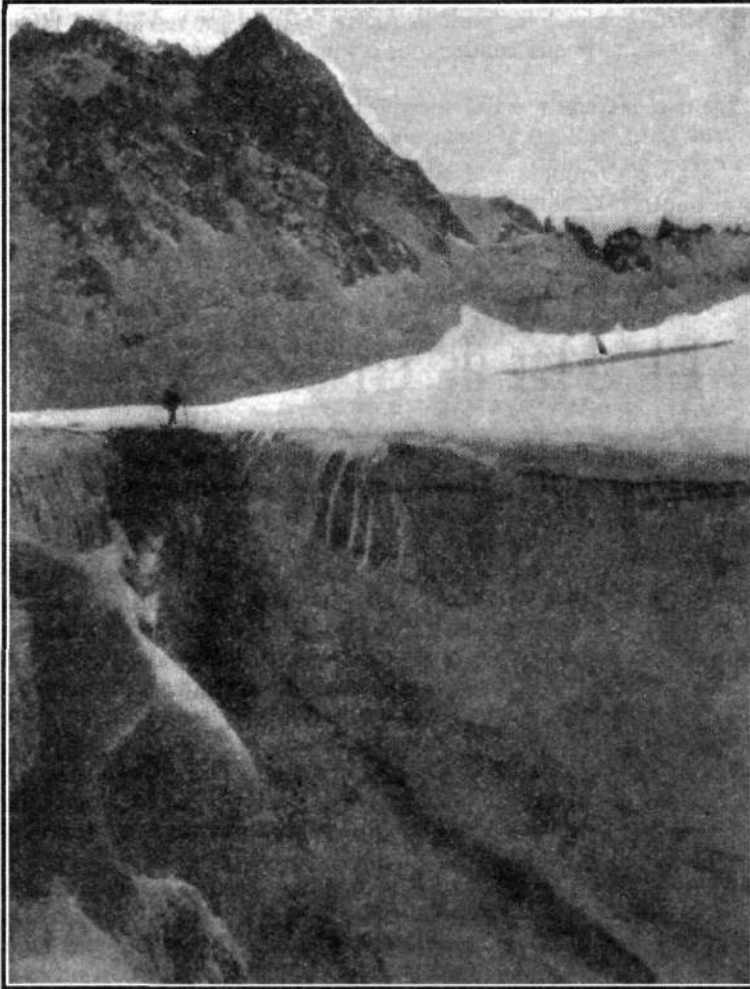
Lo fácil que parece andar por el Glaciar. Cielo tristón.—Ahora, el caminar por el Mer de Glace se me hace una cosa facilísima: «coser y cantar». Aunque no es tan fácil como parece a simple vista; tiene también sus «grietillas» que merecen algo de respeto, aun cuando son la mayoría «inofensivas». Vienen una y otra y otra, y salto y las paso, como jugando a la comba, vista al *ralenti*.

Encima del hielo hay marcadas líneas rectas; a simple vista parecen rayas hechas por el hombre para servir de indicación de ruta, pues, no obstante existir las grietas, las rayas pasan y siguen su trazado. Me guío por algunos de estos surcos, pero pronto caigo en la cuenta de que es obra natural, y que el seguir sus sendas no sirve sino para meterse en líos: dos veces he ido a parar a hórridas gargantas.

Veo que este Mer de Glace tiene todavía lo suyo, y empiezo a dudar de si podré llegar a Chamonix esta noche. El cielo se está poniendo oscuro: en estos hundidos valles no se saborean los crepúsculos como en las alturas. Unas nubes amari-

lentas envuelven el espacio de esta cañada, y allí, al fondo de este largo y agrio glaciar, se ven unas montañas azuladas, ya sin luz, como indicando que el sol va a su ocaso.

De cómo no es tan fácil como parece andar por el Glaciar. Impaciencia.—Em-



Macizo del Mont-Blanc: Un abismo blanco.

(Fot. Kern).

piezo a impacientarme, y no sé si el deseo de llegar es lo que me quita de momento el temple, o el ver que una tercera noche se me va a echar encima deteniéndome donde menos quisiera. Luego, estas cañadas (a mi izquierda, Les Aiguilles du Chamonix, con Les Grands Charmoz y Le Crepon, y a mi derecha, L'Aiguilles Moine y la espigada du Dru) ensombrecen las ideas, hacen más amarga la soledad: las rudezas de ésta se triplican. Aquí viene bien aquello de «Soledad de soledades, y todo es soledad», del poeta.

El salvar tantas grietas me está poniendo nervioso, tanto saltar y tanto rodearlas para hallar su escondido paso, cansan hasta al mismo Job. Monotonía y peligro. Las negras bocas se suceden aún y no cesan, presentándose cada vez mayores.

Una de las cintas que sujetan al crampon (el izquierdo) se me ha roto, y en vista de ello, aburrido ya del monótono caminar por el hielo, decido marchar ha-

cia el lado derecho, para ver si encuentro algún sendero en la parte que a mí me parece que es tierra (vertientes de L'Aiguille du Dru).

Esta tierra, que engañosamente guarda un hielo mezclado con ella (duro e imposible de caminar), es tan mala, tan dañina (los desprendimientos han aglomerado peñascos, en los que tropieza uno a cada paso), que desisto de continuar por sus dominios.

Noche en los hielos

Nerviosismo. Misterio. ¡Milagro!—Ahora el nerviosismo llega a su punto culminante. La impaciencia por llegar a Chamonix me mata, y, ciego, sin mirar a nada, voy como desilusionado por una amplia mole helada, queriendo pasar para continuar adelante. No me he dado cuenta de que me encuentro en lo más salvaje, abrupto y peligroso del Mer de Glace. Ha anochecido. Me aterran estos lugares; quiero salir de ellos, ¿cómo?; los problemas cada vez se me presentan con más dificultad, ¿qué hago? No sé. No me puedo dominar. El nerviosismo me muerde, me da bríos como a bestia desbocada. ¡Silencio! Por todos lados me bordea la muerte. En el barullo de sensaciones que me acometen, predomina la amargura de tener que pasar aquí la tercera noche: ¡horror! de estas grietas cadavéricas, ¡plastamiento! por estos *seracs* imponentes. ¡Misterio! Estoy como si diríamos en un «continente de hielo». ¿Qué hacer? La desesperada. Pasar... ¿Para qué?, no sé. Un algo profundo me dice que no debo permanecer aquí. Veo a distancia unas luces, y el «Quijote» que llevo dentro quiere llegar hasta ellas, y no pudiéndome dominar, me lanzo a la espantosa temeridad. ¡Vano intento!

Quiero salvar una gran grieta, y no tengo más que un pasito y enfrente una gran pared. (El «último adiós» lo veo en todo. La «cadavérica sonrisa» me mira fríamente.) ¿La salvaré?... Pisando con mucho cuidado, clavo el piolet en la pendiente pared, y poco a poco, como quien teme algo, voy subiendo esta peligrosa muralla. En este silencio aterrador resuena el golpe seco y rápido del piolet, como si se cavase en una fosa; parece una profanación a estas horas la pisada del crampón en los dormidos hielos.

A los cuatro metros... me falla el crampón izquierdo; el piolet no resiste tanto peso (mi cuerpo ha vibrado de ¡horror!: me ha envuelto el escalofrío de la muerte), ¡¡zas!! ¡¡Adiós...!! ¡instantáneo! he caído hacia el abismo. Más rápido que el rayo he rodado hasta la otra pared, yendo por el pasito y quedando milagrosamente sujeto al estrecho trozo helado. ¡¡Impresión!! ¡¡Milagro!! La Virgen me ha librado de la muerte.

Aún pálido de emoción, miro a los lados de la tumba fría, a la que hubiese ido a parar. Su fondo no se ve; tendrá acaso más de 30 metros. El golpe ha sido muy fuerte. En el violento empuje de la caída, al sujetarme instintivamente en el trozo que me encuentro, he pegado al hielo con tal fuerza, que noto gran dolor en el pie derecho. Debo de estar amarillo. No salgo de mi asombro; la milagrosa caída me ha dejado pasmado. Momentos antes del accidente recé una salvé a la Virgen, y ella me ha auxiliado; no se comprende lo demás, que haya salido bien de un caso así. La muerte, al caerme de espaldas desde una altura de cuatro metros desde el pequeño paso y de más de 30 desde el fondo de la grieta, se podía dar por segura. No ha sido así, y ello no lo puedo atribuir a otra causa que a un milagro. Yo, al me-

nos, creo en él. Una ligera desviación en el aire, y hubiese rodado hasta los profundos abismos, y en menos de un segundo, mi alma deja este mundo (mi cuerpo hubiese aparecido en la terminación del glaciar, al de veinte o treinta años, completamente incorrupto).

La gente se hubiera dado cuenta de mi desaparición, pero hasta pasado ese tiempo no me hubiesen hallado.

Me domino y salgo del peligro como puedo. Me pongo de pie y voy por la lisa mole helada; todavía me empeño en querer salir de aquí, pero veo que es imposible. Doy vueltas por esta «ratonera» para ver si busco algún paso oculto, pero no hay nada. Estoy encerrado. Un fuerte viento helado del SE. da más tragedia al ambiente.

Mi «regia» cama de hielo.—Otra noche más a la intemperie, y ésta encima del hielo. Ya estoy tranquilo y además agradecido de haberme librado de la muerte, y no me importa por una noche más. El querer buscar un resguardo del fuerte viento es mi preocupación pero no veo la manera de solucionarlo. En un pequeño declive me siento; pongo debajo la mochila para que no pase la humedad, y a esperar a mañana.

Veo en dirección Norte las luces del edificio que me atraía; no sé lo que podrá ser; probablemente algún hotel (1). Se hallará a unos 800 metros; sin embargo, para mí es como si estuviese en el fin del mundo. Desearía estar en sus iluminados recintos, pero mi encierro es completo.

Otra noche sin cenar, y van tres. El rostro tengo cubierto con el pasa-montañas, y me presta un buen servicio. Los pies están humedecidos; no me molestan.

El paraje es trágico y macabro a la oscuridad. Los *seracs* parecen fantasmas. He adquirido amistad con ellos.

Estoy en el trozo peor, más tétrico y amargo del Mer de Glace, mirando al NO., para dar la espalda al viento helado. Frente a mí hay una montaña de mediana altitud (vertientes de los Grands Charmoz); pinceladas de marrón oscuro, y al pie de ella posan los hielos, que en la semioscuridad tienen color de estaño. La montaña y los hielos hacen del marco de vista un cuadro severo. No cabe decoración más simple y más seria. Pienso en animales antediluvianos que se hundiesen y ondulasen con gracia de anfibio. La mole helada en la que descanso me recuerda a esos anchos lomos blancos de elefantes sagrados que son venerados en los templos brahmánicos. No tendrá esta superficie gran diferencia en anchura con los de los mastodontes orientales; así que ya se sabe lo que hay a los lados: el abismo. Por eso tengo gran cuidado en no dejarme dominar por el sueño; a poco que resbalase, mi desaparición sería un hecho.

¡Rara compañía la que me rodea, en una quietud y un silencio casi de muerte!

Se va apoderando de mí un placer extraño, una sensación original; los hielos, a quienes he odiado y temido en cuanto la noche me ha dejado en su compañía, me van siendo simpáticos; el mutismo, la firmeza y serenidad que guardan, contagian a quienes con ellos se encuentran.

Noche sin los encantos de aquellas divinas atalayas del Midi, contemplando inmensidades vírgenes; pero de una rareza, de un sabor tan puramente original, que no puedo, no sé expresar la extraordinaria sensación que dan estas enormes masas.

(1) Al siguiente día me enteré que era el hotel Montanvers.

Ha parado algo el viento; el frío se ha recrudecido y tengo que moverme continuamente. Hoy no canto; la fuerte presión y respeto de la cañada, me lo impide; el sereno y misterioso semblante de los dormidos proboscídeos no me deja; infunden una autoridad nada común, algo imposible de explicar.

Pronto se esconderá la luna, que hasta el momento me ha servido de grata y amable compañía.

El medio-dormir en estas soledades, encima de la lisa superficie, recostado en hielos que en su niñez y mocedad atalayaron y jugaron allá en los altos del Tacul, Trelaporte, L'Aiguille Verte o L'Argentière es un placer áspero y nada vulgar. Sólo quien verdaderamente ama la montaña, quien sienta sus latidos como los propios, puede apreciar como algo de sus entrañas.

Se ha marchado mi amiga la luna, y ahora, sin su grata compañía, quedo envuelto en un mayor misterio, sintiendo más fuertemente el amargo mutismo de los mastodontes.

A la una de la madrugada veo que, por la parte del hotel, algunos alpinistas vienen alumbrados con dos faroles; me fijo durante buen rato en sus oscilaciones. El camino que traen (tierra y hierba) debe de ser el único y verdadero para salvar estos sobresalientes *seracs*, que desde que este sitio ocupan no habrá pisado planta humana.

Ahora comprendo cuán inútiles hubiesen sido mis esfuerzos, queriendo pasar por zonas completamente imposibles de salvarlas a la oscuridad. ¡Cuántas lecciones he aprendido en estos tres días de andar!

Las duras tenazas del sueño me agarran con fuerza. ¿Quién resiste sin dormir, de una a tres de la madrugada? A estas horas no se aprecia el peligro; sólo puede uno entregarse a la interna reclamación que no cesa, que forcejea en su empeño. Y duermo con tranquilidad de niño, como si a mi alrededor nada existiese, sin pre-



Mer de Glace y Grandes jorasses del N. O.

(Mittelholzer Fot.)

ocuparme de que allá abajo (a mis lados) tengo otros mundos. Refresca mucho de dos a tres de la mañana, y en mi posición cara al cielo, tengo que elevar las piernas y ejercitarme con ellas, formando círculos y rectas en el aire, para que reaccionen; lo mismo hago con los brazos.

Falta poco para que el firmamento traiga visiones de Oriente y, ayudado por Febo, encienda las gamas de su deslumbrante paleta.

Mañana de sol

17 de Julio.

Al salir el sol.—Espero, pues, hasta las cuatro y treinta, hora en que me levanto y quiero salvar este atolladero. Ya con la alegría de la luz todos estos fantasmas van cambiando el rostro.

Antes de empezar a caminar miro a los macabros parajes en los que he tenido que pasar la noche. ¿Se puede pedir lecho más original? ¿No es propio acaso para el maravilloso ambiente de una escena de las «mil y una noches»? ¿Habrá algún mortal que haya tenido que acostarse en este Mer de Glace? Lo dudo. Creo que seré el único que se haya visto obligado a tal recurso. Con el regocijado alborar matutino me alegro de haber tenido de compañeros durante la noche los temidos *seracs*.

¡Cómo cambia todo con la luz; qué fácilmente se resuelven incógnitas, que anoche parecía imposible solucionarlas!

Un cielo purpúreo envía apagados reflejos de su destinte a estas extensiones pulidas.

Parece que no he escarmentado de lo de ayer: en cuanto he dejado mi recinto nocturno he subido a una altitud, y de aquí, en vez de retroceder y tomar el buen camino (de tierra y hierba) para salir de estas dificultades, no he dejado el glaciar, siguiendo la marcha hacia adelante. Excuso decir que por tal causa he pasado por «murallas» comprometedoras, teniendo que andar el doble: las grietas cada vez eran más amplias y profundas.

Montanvers-Les Sources de l'Arveyrón.—A las seis y media dejo para siempre el Mer de Glace. Me he internado en la parte montañosa de la izquierda. Encima de mí veo el hotel (¡con qué ansia le miraba anoche!) de Montanvers. Por un camino que del hotel baja a los hielos va un hombre con su buena carga de este sólido. Es la única figura que he visto esta mañana por aquí. Dejando el Montanvers a la izquierda, sigo por un pintoresco lugar cubierto de pinos y plantas silvestres. Después de los días pasados en lugares de verdadera «alta montaña» sin ver nada verde, es un grato cambio de ambiente el encontrarse con plantaciones y arbustos. Queda a mi derecha la extensa masa helada del Mer de Glace, que en seguida se unirá con el Glaciar des Bois.

Llego al manantial del Arveyron y doy vista al pintoresco valle de Les Praz. El manantial sortea una gran montaña rocosa, con malos pasos en diversos sitios (muy pendientes) y donde los arbustos cubren selváticamente buenos trozos. Esta montaña apenas si habrá sido pisada por el hombre; tiene cortes demasiado verticales; el bajar se salva a fuerza de rodeos, pero el subir tiene que ser muy pesado.

Tienen Les Sources de l'Arveyron una gran colección de plantas y flores silvestres: originales variedades de claveles, anémonas sulfúreas, violetas, crisantemos alpi-

nos. Otras especies que desconozco y no he podido enterarme de su nombre: plantas con mucha flor roja, y arbustos parecidos a la árgoma, de un tono rosado. Bellezas y maravillas cuantiosas para los aficionados a la flora. No creía, en verdad, que los Alpes tuviesen tanta variedad de flores silvestres.

Alguno que otro pino enano crece también en este paraje, y una fragancia compuesta de la resina de éstos y de la silvestre flora perfuman el lugar. En este oloroso ambiente, saboreo la encantada mañana.

Noto el hambre con mucha agudeza, y muchos de mis pensamientos van dirigidos a los «sabrosos» platos de *Chez Barrère*.

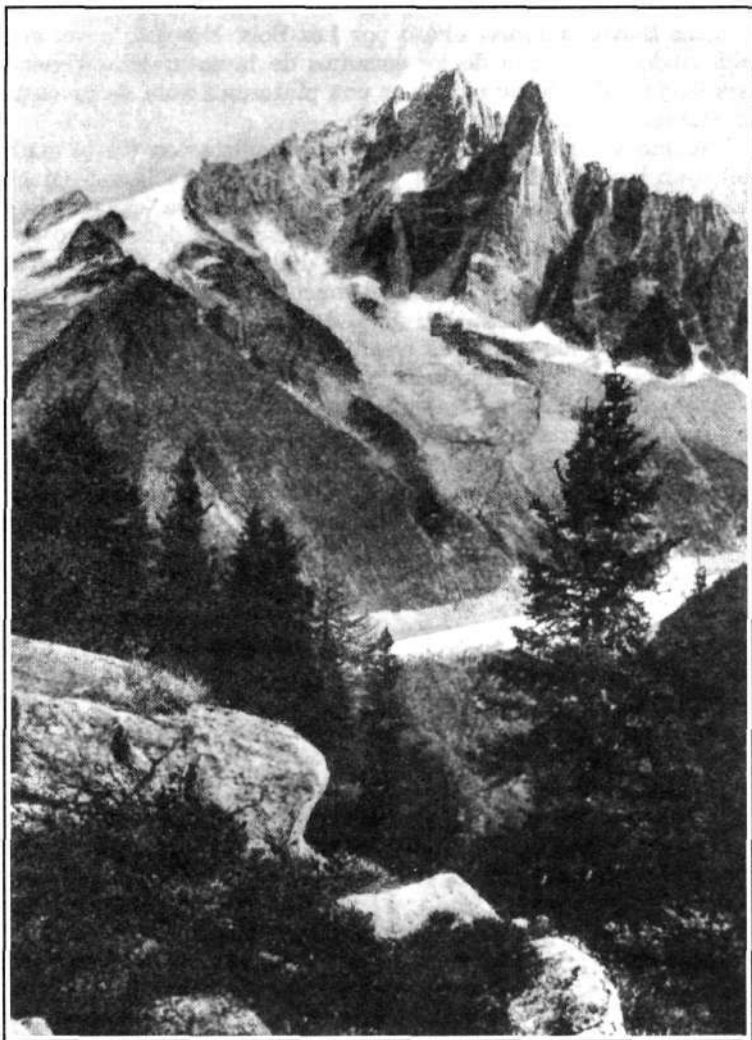
¡Conquéapetito voy a comer! Deliro pensando en esto.

Tengo una serena alegría, parecida a la que proporciona el deber cumplido.

Al lograr el codiciado deseo

(visita del macizo de *Mont-Blanc*), vuelvo con más ideas, más rumbos: ciencia alpina y espiritual, más firmeza en la fe, pasión por las cumbres.

Estoy bajando esta Source de l'Arveyron con gran tranquilidad y satisfacción, disfrutando de todo, saboreándolo todo.



La aguja Verte y la Dru.

(Boissonnas Fot.)

No son para descritos los goces que esta encantadora mañana me da.

¡¡Montañas de los Alpes!! ¿Podré olvidaros alguna vez?

Mi marcha en estos momentos llega al colmo del paso lento; es que estoy pasando junto al Arveyron (que ya casi es un mozo) y bordeo un frondoso pinar, que a esta hora del mediodía tiene algo de clásica estampa.

Les Bois-Chamofix.—Paso por Les Bois. Empiezo a ver gente: muchachos semidesnudos que gozan de los encantos de la naturaleza, viviendo el *camping*. Sus estiradas tiendas de campaña son una pintoresca nota de juventud y de vida nueva en este esmeraldino valle.

A uno y otro lado del camino *chalets* suizos con fuerte maderamen, ¡tan bonitos!, ¡tan limpios! Entro en el barrio de Les Praz a la una. Mucho sol. Por un pintoresco bosque, que tiene un camino junto al Arve (canalizado en este trozo), voy aproximándome a Chamonix. En varias esquinas del sendero he saludado a grupos familiares que alegremente gozan del día y de los ricos guisos que comen; el sitio y el sol les acompañan, les envían buen humor y apetito. La gazuza que yo llevo se despierta por momentos, y más viendo a estas gentes.

Entro en Chamonix a la una y veinte. Primero, sorpresas: ¡¡*quel brûle!*!... Después, buena ducha. Seguido, un terrible atracón de patatas... A continuación, mi asombro ante el espejo: semblante distinto, labios hinchados del sol y el frío; negrura total. Más tarde, descanso: regiones del olvido, y al despertarme, con los mismos pensamientos que el personaje de Calderón: ¿Será todo un sueño? (Desde la cama se oye el invariable nerviosismo del Arve). ¿Hace cuatro días que dejé esta cama? ¿Sueño? ¿Ilusión? (La realidad ha huído). ¿Qué otra cosa es la vida?...

